

de ascetismo, de origen egipcio, que había contagiado ya la secta de los esenios, entre los hebreos, y se introdujo luego entre los cristianos de los primeros siglos, su esencia: la prédica de Jesús, el espíritu de la Biblia, es franca, esencial e irreductiblemente optimista.

Era en verdad un optimista ese *rabbi Nazareno* que iba por el mundo haciendo bien, compartiendo la alegría de los hombres tanto como sus tristezas, exhortándonos a mirar las bellezas de este mundo en el cual vivimos:— ¡mirad los pajaritos del cielo! — ¡mirad los lirios del campo! — y cuya primera palabra de consuelo para todo el mundo era una frase de aliento: «confía, hijo».

Miscelánea

Del puro e ingenuo *Newton* decía el obispo *Burnet*: «Su alma era la más blanca que he conocido y su pureza de corazón era la de un niño».

La *Fontaine* permaneció niño toda la vida. Lo mismo puede afirmarse